

cesar se sublevar contra el espíritu; peligros en fin dentro y fuera de nosotros mismos. Preciso es que no durmamos si no queremos ser vencidos. Fuerza es que peleemos si deseamos vencer. Luchemos pues hermanos míos, luchemos contra el infierno y contra nuestra carne, enemigos irreconciliables de nuestra felicidad. Si con una fe viva y fervorosa hiciéremos frente, como santa Bárbara, á los rudos ataques de nuestros adversarios, no dudemos del éxito del combate; nuestros serán los laureles del triunfo; nuestra será la victoria; seguro será el premio, y eterna la bienaventuranza.

SERMON

DE SAN BARTOLOMÉ APÓSTOL.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

EN LA ORACION, EN QUE FUÉ TAN FRECUENTE Y TAN FERVOROSO SAN BARTOLOMÉ, HALLÓ LAS GRANDES VIRTUDES QUE ADMIRAMOS EN ÉL, Y NOS SEÑALÓ EL MODO DE SER DISCÍPULOS FIELES DE JESUCRISTO.

Erat pernoctans in oratione.

Pasaba la noche en oracion.

S. Luc. c. 6.

En este dia en que celebra la Iglesia la festividad del apóstol san Bartolomé, nos recuerda el pasaje del santo Evangelio en que se nos dice, que Jesucristo salió á un monte á orar y pasó toda la noche en oracion, ordenándose esta á la eleccion que habia de hacer al dia siguiente de doce de sus discípulos, á los que dió el nombre de sus apóstoles. Y á la verdad ¿qué leccion mas á propósito puede elegirse para honrar al bienaventurado san Bartolomé? ¿Qué puede decirse mas á propósito, ni mas glorioso para este santo tan amantísimo de la oracion, tan digno discípulo de su divino Maestro, de quien el mismo espíritu infernal se vió precisado á confesar que oraba cien veces al dia y cien veces en la noche, que decir de él lo que el Evangelio elegido por la Iglesia para su festividad nos dice de Jesucristo: *Erat pernoctans in oratione*: pasaba la noche en oracion?

Verdad es que en su vida descubrimos el generoso desprendimiento de todo lo terreno, la pobreza, el celo de la salud de las almas, el fervor infatigable por extender la fe de Jesucristo, la paciencia y fortaleza en los trabajos, el gozo y la alegría en

los mas crueles tormentos, todo lo que hace tan grandes y distinguidos á los apóstoles, elegidos por el mismo Jesucristo para llevar su nombre y su ley por todo el mundo, y enriquecidos con la virtud de lo alto que comunicó á sus almas el Espíritu santo; pero en san Bartolomé parece que la primera gracia, y el origen de todos sus merecimientos y virtudes; la fuente de donde emanaron las obras maravillosas y edificantes de que nos dejó tan consoladores ejemplos; el primero de todos sus dones y del que dimanaron todos los demas, fué la oracion á que se entregó con toda la intension de su alma; aquella oracion de que formaba su alimento, y podria decir como el ángel á Tobías: *Ego cibo invisibili utor*: yo me alimento con una comida invisible. Aquella oracion fervorosa en que ocupó su vida, porque teniendo siempre fija y elevada su alma á Dios, nada se permitió que no fuese conforme á la ley de Dios, nada apetició, nada hizo que no fuese del agrado de Dios.

Me ceñiré á decir en su elogio y para nuestra utilidad y aprovechamiento: que en la oracion, en que fué tan frecuente y tan fervoroso san Bartolomé, halló las grandes virtudes que reconocemos y veneramos en él, y nos señaló el medio de conseguirlas nosotros y ser discípulos y seguidores fieles de Jesucristo.

Preciso es, para que reconozcamos el valor y mérito de la oracion, que empecemos á orar y pedir la gracia al Señor, sin la que no podemos, no solo hacer, sino ni aun pensar en una cosa buena; no podremos salir de nuestro abatimiento, nuestra pesadez y nuestro apego á la tierra, ni percibir ni explicar el objeto que me he propuesto. Oremos elevando nuestras almas á Dios, y pidiéndole su gracia por la intercesion de María santísima. *Ave Maria.*

Por la oracion se engendran en el alma la piedad, la justicia, la sobriedad, la pureza, la disciplina... La oracion es el freno de la ira, la defensa mas fuerte de la castidad; demasiado vemos que cuanto el hombre se dedica mas ó ménos á la oracion fervorosa y continua, tanto mas ó ménos se multiplican y engendran en su alma las virtudes. ¿Y cómo podrá ménos de ser virtuoso el que tiene su alma elevada hasta el mismo Dios, el que tiene sus ojos puestos siempre en Dios y atentos

sobre su ley para obrar segun ella? Pues ved el origen de las grandes y extraordinarias virtudes del apóstol que oraba sin intermision; de san Bartolomé, que oraba cien veces al dia y cien veces á la noche; de san Bartolomé, que tenia fija su alma en Dios y sus ojos puestos en su Señor para obrar, no solamente segun los preceptos, sino tambien segun los consejos de su Evangelio.

Desde el momento que el Señor le llamó, lo dejó todo y se desprendió hasta de sí mismo por seguir á Jesucristo, en un tiempo en que Jesus era el objeto de las burlas y el desprecio, y cruelmente perseguido por enemigos poderosos: en que solamente le acompañaban unos pocos pescadores pobres y despreciables, y en que nada podia prometerse en el mundo de seguir á un hombre que no ofrecia á los suyos sino persecuciones y trabajos. Sea que san Bartolomé fuese de una familia distinguida, como afirman algunos santos doctores, ó sea que fuese de la clase pobre y despreciable como aseguran otros; lo que no se puede negar es que se hizo pobre por Jesucristo; que despreció los tesoros del oro y de la plata, que recorrió el mundo anunciando á Jesucristo y su ley santa, contento con un hábito pobre y con los mas rigurosos ayunos. Huyó de las riquezas y placeres; y las riquezas, los placeres y las dignidades le buscaron. Bien pudo, dice san Lorenzo Justiniano, hacerse rico de bienes temporales, disfrutar de los placeres y ocupar las mas altas dignidades; pero lo despreció todo por no dejar de ser un discípulo verdadero de Jesucristo. Agradecido el rey de Armenia á la salud que restituyó á la princesa, librándola del espíritu inmundo que la atormentaba, le ofreció cuantas riquezas y comodidades pudiera apetecer; y siendo pobre, mal vestido y sin recurso alguno, nada quiso aceptar. Pudiera haber recibido las riquezas para haber socorrido con ellas las necesidades de los pobres, para haber promovido el culto á Dios y haber erigido magníficos templos; pero lo rehusó todo, y presentándose al rey le hizo entender que no buscaba cosa alguna de la tierra, ni queria otro logro que el que conociesen y adorasen todos al verdadero Dios, y renunciasen al culto de los ídolos, porque este era el voto y deseo continuo de sus oraciones. De su frecuente oracion nacia aquella humildad con que huía y rehusaba los aplausos que le prodigaban las gentes en vista de sus milagros, haciendo entender á todos que no á él,

sino á Dios debía darse toda la gloria. Aquella mansedumbre por la que jamas manifestó la mas lijera ira contra sus terribles perseguidores. Aquella modestia tan admirable que jamas se lee en el Evangelio que hablase una sola vez á Jesucristo, contentándose con oírle y meditar su doctrina. Y si siempre amó á Jesucristo y le siguió constantemente : si lloró sin consuelo la muerte de su Maestro, cuando despues recibió con los demas apóstoles al Espíritu santo y fué su alma ilustrada con las luces del cielo y fortalecida con la virtud divina, se llenó enteramente del amor de Dios y del deseo de ganar almas y aumentar el reino de Jesucristo. Tendió las redes de su oracion, y quisiera coger en ellas á todos los que estaban sumergidos en las tinieblas, y sacarlos á la luz de la verdad y conocimiento de la ley de Jesucristo.

Extendidos los apóstoles á predicar por todo el mundo, se dirigió san Bartolomé á la Licaonia, la Albania, las Indias Orientales y la Armenia. ¿Quién se extendió mas á predicar el Evangelio que san Bartolomé, y de quién puede decirse con mas propiedad que por toda la tierra y hasta sus últimos términos se oyó el sonido de sus palabras? Alégrate, Iglesia santa, podemos decir con Isaías, alégrate la que eras estéril y sin hijos, canta alabanzas á tu Dios y ensancha el lugar de tu habitacion y las pieles de tus tabernáculos, porque el Señor quiere hacerte fecunda y que se aumenten prodigiosamente tus hijos. ¡Dichosos los piés que caminan para anunciar el Evangelio de paz, y se dirigen á ganar almas! ¿Y qué mies tan abundante reservó el Señor para san Bartolomé, dudándose entre los doctores quién recogió mas fruto y convirtió mas almas, si san Bartolomé ó el mismo san Pedro? Pero ¿cómo no habia de ser así, si tenia en su ayuda á los mismos espíritus infernales? Nada hay mas eficaz y que mas terror imponga á los demonios que la oracion del justo, y san Bartolomé oraba sin intermision. Con sus oraciones les movió la guerra mas cruel, y obligó á confesar su debilidad, sus engaños y el poder del verdadero Dios. Ellos confesaban públicamente que el siervo y apóstol de Dios Bartolomé los tenia aprisionados y los hacia enmudecer, que los abrasaba con sus oraciones. Desde que este apóstol entró en el templo del ídolo mas célebre del reino de los Persas, llamado Astarot, dejó de contestar á lo que le preguntaban, y acudiendo en su consternacion los habitantes á consultar sobre

tan penoso silencio al ídolo llamado Berit, les dijo : vuestro Dios está amarrado á cadenas de fuego sin poder hablar ni respirar, desde que Bartolomé, apóstol del Dios verdadero, ha entrado en vuestra ciudad, y lo mismo ha de sucederme luego que éntre en este templo.

El humo, dijo el ángel Rafael á Tobías, ahuyenta todo género de demonios, entendiendo por este humo los expositores sagrados el suave olor de las ardientes y fervorosas oraciones de Tobías y Sara. Pues este humo admirable, la oracion tan viva y tan continua de san Bartolomé, ahuyentaba la tiranía infernal de que estaban poseídos aquellos pueblos envueltos en las tinieblas de la infidelidad y la idolatría, derrocaba el poder de los demonios, se valió de ellos mismos para el triunfo de la ley de Jesucristo y para que diesen testimonio de la verdad. Mandó al demonio que destruyese al ídolo Astarot y á todos los simulacros por sí mismo, y se vió precisado á hacerlo, porque se lo mandaba un hombre que hacia oracion á Dios cien veces al dia y otras tantas á la noche, acompañado de una prodigiosa multitud de ángeles que le defendian. San Bartolomé era el azote de los demonios, porque con su oracion los ahuyentaba y los vencía. De aquí es que á su voz quedaban libres de los espíritus inmundos los que eran atormentados de ellos. *Qui vexabantur à spiritibus immundis, curabantur.* Pero su oracion fecunda llevaba tambien la salud y el remedio de todos los males á todas partes ; era la fuente de que manaba la sanidad. Los que venian á oírle sanaban de sus achaques. Con sus oraciones curaba las enfermedades mas renitentes y desesperadas, dejaba limpios á los leprosos, daba vista á los ciegos, los tullidos dejaban sus lechos y su postracion y corrian perfectamente restablecidos. ¿Qué mucho que dilatase sus conquistas, que ganase almas para Jesucristo, que fuese conocido y buscado por todas partes como el obrador de grandes milagros y el apóstol del verdadero Dios? Su oracion frecuente le abria los caminos, y parece que penetraba sin resistencia en todas partes, recibiendo mas bien los honores, que experimentando persecuciones y trabajos.

Un enemigo mas terrible aún que los demonios, que las persecuciones y las calamidades tenia que vencer. La misma prosperidad, los intereses y los honores que tan frecuentemente vician y corrompen el corazon. El rey Polemon le hace buscar,

no para hacerle morir en los tormentos, sino para pedirle rendidamente que libre á su querida hija del demonio que la atormentaba cruelmente. Los tesoros y todas las riquezas de su reino son poco para ofrecerlo todo á san Bartolomé, en prueba de su agradecimiento; pero es mas grande que la gratitud del rey la generosidad del apóstol de Jesucristo. Sabe bien que las riquezas y dignidades de la tierra son estorbos para seguir á Jesucristo. Ha muerto al mundo, y no tienen entrada en el alma que ha gustado las delicias de la oracion los vanos y perecederos bienes por que tanto suspiran los hombres carnales. Es un varon sin mancha, y no puede ser que corra tras el oro, y que ponga sus esperanzas en el dinero y los tesoros. Y este desinteres, este generoso desprendimiento de todo lo terreno, el testimonio de que no buscaba sus bienes, y que solo queria la salud de sus almas, sus milagros, los gritos de los ídolos confesando que no son dioses, y que no hay otro Dios verdadero que el que anuncia Bartolomé, el hacerse pedazos los ídolos con solo ponerse en su presencia este apóstol, todo conspira á mover, á convertir á Dios los corazones, á congregiar una mies abundante para el Señor, y prepararle un pueblo perfecto.

¿Es posible, Señor, que así bendigais los trabajos de vuestro apóstol, que lleneis su corazon del mas puro gozo, y que rebose su alma de placer viendo que los pueblos enteros os reconocen y os adoran? Pero Bartolomé ora y suspira por morir por vos, por derramar su sangre por amor vuestro, y por dar su vida en testimonio y defensa de la religion que tan milagrosamente propaga. Ora, y vos, Señor, no desatenderéis sus ruegos; ora y le proporcionaréis los mas crueles tormentos, y en la oracion tambien hallará y vos le daréis la fortaleza necesaria para sufrirlos.

Preciso era que fuesen recompensados los grandes trabajos y méritos de este varon justo, y que recibiese la corona de mano del justo remunerador; pero no habia de ser mejor tratado el discípulo que el Maestro; ni convenia á un apóstol una muerte descansada y tranquila; ni habia cosa que mas apeteciese san Bartolomé, que tener aquella grande caridad y amor á su Dios que llegase á dar su vida por él, y deseaba que llegase la ocasion de dar este testimonio público de su amor, y confirmar su doctrina y sus milagros con su muerte.

Irritados los sacerdotes de los ídolos, no pudieron pervertir

al rey Polemon, y recurrieron á su hermano Astiages, que reinaba en una parte de la Armenia. Convidó este al apóstol á que pasase á sus estados, encubriendo sus depravados deseos; pero san Bartolomé que conocia que era ya llegado el fin de su carrera; que nada deseaba tanto como derramar la sangre por Jesucristo, corrió como á unas bodas, á recibir la corona del martirio. Apoderóse de él luego que puso los piés en su corte, y le hizo desollar vivo. Ved, hermanos míos, un fruto grande y apreciable de la oracion; da una fuerza y valor extraordinario para sufrir los tormentos, que temen y acobardan á nuestra frágil y delicada naturaleza. El mismo Hijo de Dios á la vista de los tormentos que habia de sufrir, al representarse el cáliz amargo y la pesada cruz que habia de apurar y llevar sobre sus hombros, comenzó á temblar, á temer y entristecerse: *cæpit tædere, pavere et mæstus esse*: Pero recurrió á la oracion y se levantó lleno de valor y fortaleza desde lo sumo de su agonía: *surgite, eamus*. Entended, dice san Lorenzo Justiniano, cuánto vale la oracion, que al que está caído y agonizante le hace intrépido, animoso, y que él mismo camine á los tormentos. La oracion, así como á Jesucristo, nos da ánimo y una fortaleza incomparable para sufrir los tormentos mas crueles. La oracion confortaba á Jeremías en la cárcel; á Daniel le llenaba de alegría en el lago de los Leones; por la oracion saltaban alabando á Dios los tres niños en el horno de Babilonia; por la oracion triunfa Job del diablo, reducido á la miseria y arrojado á un muladar. Imaginad si puede darse tormento mas cruel que ser desollado vivo; pues san Bartolomé recurrió á la oracion, y no solo le sufrió con paciencia, sino tambien con una santa alegría. Representáos este espectáculo de horror y de sangre, y no podreis ménos de estremeceros. Pues san Bartolomé se miraba lleno de gozo; á su cuerpo cubierto de sangre le consideraba como vestido de púrpura real, y á sus inhumanos verdugos como á los que entretejian la corona de su triunfo. Oraba al Señor y ofrecia su cuerpo destrozado como una hostia viva agradable á Dios, y se llenaba su alma de gozo, pudiendo hacerle este obsequio y ofrecer su sangre al que murió por él. Miraba á su Maestro que murió en la cruz, y léjos de acobardarse y desfallecer, predicaba á Jesucristo, le anunciaba desde el lugar del suplicio, y era la admiracion de los gentiles y el espectáculo que miraban con gozo los ángeles.

Habia dicho el padre de la mentira que piel por piel, y todo cuanto tiene el hombre daría de buena gana á título de conservar su vida, y que no basta para prueba de su amor y fidelidad á Dios llevar con paciencia la pérdida de todos los bienes, mientras no se llegue á su salud y su vida. Pues san Bartolomé, para dejar burlado al demonio, para ofrecer un sacrificio acepto á su Dios y no reservarse nada para sí, le ofrece no solo cuanto posee, cuanto puede esperar y prometerse en el mundo, sino también su misma piel, su vida, sus nervios y sus huesos. Si por conservar la vida del cuerpo que está tan llena de miserias y calamidades en este valle de lágrimas, todo lo desprecia y abandona el hombre, decía y contemplaba este apóstol, ¿qué extraño es que yo, por conseguir aquella vida eterna en que no se conoce la muerte, en que no se sabe lo que son lágrimas, en donde no se han experimentado los males y se gozan todos los bienes, dé la misma piel de mi cuerpo, si he de vestirme de la inmortalidad, y me deje desollar vivo con el mayor gusto, ofreciendo mi piel al que me ha de dar su gloria? Se ve desollar no solamente con una fortaleza extraordinaria, sino también con alegría, con gozo, con el gozo del que triunfa. ¿En dónde pues está su alma, que parece insensible á los tormentos del cuerpo que tan cruelmente es destrozado? Está puesta en seguro, dice san Bernardo, en las entrañas de Jesucristo, en la oración y contemplación de las llagas de Jesucristo. No basta el tormento para acobardar, ni quitar la vida á san Bartolomé, y avergonzado el tirano de tanta paciencia y alegría, mandó que le cortasen la cabeza. Entró acompañado de ángeles á recibir el premio de sus trabajos y la corona de su triunfo; y nosotros en vista de sus grandes virtudes, de su gran fe, de su celo, de su pobreza, de su desprendimiento de los bienes de la tierra, de su poder contra las potestades del infierno, de su imperio sobre todo género de enfermedades, de su heroica fortaleza, paciencia y alegría en los tormentos, en vista de tantas y tan grandes virtudes como admiramos y veneramos en él, no podremos ménos de confesar que todas tuvieron su origen, y que halló todos estos tesoros en la oración en que fué tan fervoroso y tan frecuente.

Si nosotros no tenemos fe, si somos tan apegados á las cosas de la tierra, si no nos elevamos á Dios, si no tenemos celo de su honra, si no sentimos sus ofensas, si no nos sacrificamos ni su-

frimos cosa alguna por nuestro Dios, si no somos apóstoles ni mártires de Jesucristo, es porque no oramos, y sin oración no podemos tener virtud alguna. Porque no nos acordamos de Dios, ni meditamos su ley, ni tenemos fijos nuestros ojos en Dios para observar cuál es su voluntad y cumplirla. Vivimos sin otras ideas, sin otros deseos, sin otras esperanzas que las del mundo, y no nos acordamos del cielo. Por eso no ponemos los medios para llegar á él. Orad, que así conoceréis y conoceremos lo que Dios quiere de nosotros: conoceremos la voluntad y ley del Señor y los premios con que recompensa á los que le sirven. En la oración hallaremos, como san Bartolomé, todas las virtudes y las fuerzas para practicarlas. Conoceremos á Dios, y conociéndole es imposible que dejemos de amarle. Nos conoceremos á nosotros mismos y suspiraremos por llegar á nuestro destino inmortal, siguiendo como discípulos fieles de Jesucristo las sendas que nos dejó marcadas.

Rogad al Señor, glorioso apóstol, que nos conceda el que os imitemos en la oración, para que con ella nos vengan todas las virtudes y dones del cielo, porque ella es el origen y manantial de todos. Alcanzad también para este pueblo y para vuestros devotos los bienes temporales, los favores que os piden, el socorro de las necesidades particulares, si conviene así para que consigan la gracia y después la gloria. Amen.